



Plática doctrinal para el catecismo de adultos

XIV

AMADISIMOS en Cristo: Reconocida la necesidad que tenemos de la fe, porque Dios nos ha elevado a un orden muy superior a nuestra naturaleza, en el que no podemos guiarnos por las luces de nuestra razón, cuya intensidad no es suficiente para iluminarnos en esfera tan alta, como es la sobrenatural, por cuyo motivo el real profeta decía al Señor que su divina palabra era la luz con que veía sus caminos y dirigía sus pasos, es preciso que exponamos las cosas que debemos creer, como preciso es que el partidario de una doctrina conozca las verdades que ha de profesar.

Y con tanto más empeño me propongo exponer con alguna detención las verdades de nuestra fe, cuanto que, por doloroso que sea decirlo, es lo cierto que muchos dejan de ser creyentes, más por ignorancia, que por mala voluntad. No conocen bien el credo, menos saben exponerlo y distinguir el valor y el sentido de las verdades de fe, y aun las objeciones más bulgares y callejeras contra la religión les sorprenden, les impresionan como si fueran ataques decisivos contra la Iglesia, y sus enseñanzas y, empezando a oír con indiferencia lo que la impiedad y el descreimiento dice contra la fe, acaban por poner en duda, cuando menos, lo que Dios nos ha enseñado misericordiosamente, enseñanza que por su origen, por la gran luz que derrama sobre todo el mundo, por los efectos de paz y de santificación que produce en las almas como en la sociedad, por la elevación que da a todas las aspiraciones humanas, por los consuelos que proporciona en los infortunios de la vida y por los grandes estímulos con que excita el sacrificio mútuo de los unos por los otros para ayudarnos todos en la proporción de nuestras fuerzas debería, lejos de ser atacada, ser tenida con valor suficiente por sí misma para que se cumpliera en toda su extensión aquello que profetizaba David: «Enseñaré a los malos tu doctrina y los impíos se convertirán a Ti» (Salm. 50: v. 14.).

¿Qué es lo que debemos creer? Todo lo que Dios ha revelado y la Iglesia nos propone como tal. Siendo el motivo por el que creemos la autoridad docente de Dios, cualquiera que sea la verdad que Él nos enseñe, por profundos e incomprensibles que aparezcan a nuestra razón los misterios que nos revele, no hay motivo que justifique la rebeldía de la inteligencia humana a dar asentimiento a ellos más firme que el que damos a las verdades evidentes, porque es la Verdad por esencia la que nos enseña, la autoridad infalible la que nos ilustra, es Dios mismo constituido en pedagogo del hombre, y así como su voluntad se impone en el gobierno del mundo, así sus enseñanzas deben subyugar de tal modo la razón del hombre, que éste con afectos de